

PUNTO CIEGO DE LA MEDICINA CHILENA

ROBERT CHARBONNEAU

Se estima que el 5 por ciento de los chilenos padecen dependencia física del alcohol y que otro 10 por ciento son bebedores fuertes, es decir, personas que consumen más de 80 gramos de alcohol al día o que se embriagan más de 12 veces al año. La mayoría vive en los barrios marginados, aunque no hay clase o sexo libre del consumo excesivo.

Los doctores Ramón Florenzano y Alfredo Pemjean trabajan en el Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Chile sobre los efectos médicos y sociales del consumo excesivo de alcohol.

En su opinión, el uno por ciento del tiempo docente dedicado a esta materia en la formación médica es insuficiente. Por ello ha emprendido un estudio conjunto, financiado por el CIID, a fin de evaluar un programa de estudios de alcoholismo para internos de las escuelas médicas. Su hipótesis es que internos mejor preparados podrán diagnosticar más fácilmente los casos problemáticos y remitirlos a los especialistas.

La idea inicial surgió en 1984 durante un seminario sobre alcoholismo realizado en Sao Paulo, en el cual los investigadores chilenos plantearon la idea de ensayar un curso mejorado sobre el tema.

El programa de investigación tuvo varias facetas: estudio de los programas de formación de la Escuela Nacional de Medicina y de otras facultades médicas del país; evaluación del conocimiento de los estudiantes; creación de dos módulos de estudio (uno intensivo y otro de dos años); observación de los efectos del curso en los internos durante su trabajo; y desarrollo de mecanismos para evaluar el comportamiento de los internos.

¿Qué descubrieron? Primero, que el número de alcohólicos en las salas de urgencias era mayor que el previsto. En los tres centros médicos estudiados, el número de bebedores oscilaba entre el 52 y el 85 por ciento de los pacientes. En las salas de urgencias de dos hospitales de Santiago (El Salvador y Barros Luco-Trudeau), entre 50 y 77 por ciento de los pacientes tenían problemas relacionados con alcoholismo, y entre el 10,8 y el 16,5 por ciento estaban borrachos en diversos grados al ingresar.

Desde luego, esta información exagera el problema porque lleva un sesgo intrínseco. Es lógico suponer que quienes ingieren alcohol tienen más probabilidad de

involucrarse en riñas familiares, actos violentos o accidentes, y por tanto de terminar en las urgencias de un hospital. Sin embargo, son cifras preocupantes.

Pero, más preocupante aún es que sólo en muy pocos casos los médicos identificaron a los alcohólicos. (Por razones evidentes, no se informó a los médicos de antemano que su trabajo estaba siendo observado). Sólo el uno o dos por ciento de los médicos reconocieron la condición alcohólica de sus pacientes y, de éstos, la mitad los remitió a tratamiento.

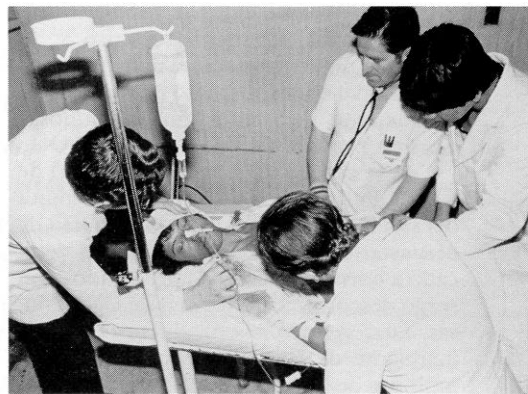
Estos resultados llevaron a los investigadores a establecer un curso para estudiantes de medicina. El material para 30 horas de capacitación se puso a prueba en dos formatos. Primero, como curso intensivo de dos meses, con conferencistas que exponían sus casos o deliberaban sobre los efectos del alcohol. Segundo, como sistema modular, con bloques distribuidos durante el internado, en otra facultad.

Los resultados de ambos ensayos fueron más bien decepcionantes. A pesar del entusiasmo de los profesores, era difícil cambiar las actitudes. El impacto inicial de los cursos resultó efímero y desapareció gradualmente al año siguiente.

Los investigadores señalan posibles causas para este fracaso. En primer lugar, el internado es tal vez una etapa muy tardía de la formación para un cambio de actitudes. En segundo lugar, como no había exámenes, los estudiantes quizás tuvieron menos motivación. En tercer lugar, el período de capacitación fue muy breve. Por último, los internos mostraron pesimismo al hablar de problemas asociados con el abuso del alcohol, y a veces hasta expresaron cierta simpatía por los bebedores.

A pesar de la falta de éxito del curso, el proyecto logró ciertos objetivos. Por ejemplo, los investigadores pudieron probar un cuestionario para la identificación de alcohólicos mejor adaptado a las necesidades de Chile. La prueba llamada, EBBA, consta sólo de siete preguntas y fue validada con 408 pacientes masculinos en tres centros médicos. Algunas de las preguntas del conocido test CAGE de Estados Unidos, usado en muchos países, no tienen aplicación en Chile, donde la percepción social del alcohol es distinta.

Otra prueba estadounidense, la TSBP, tiene 24 preguntas "que a menudo ponen a los pacientes contra nosotros", dice Pamela Orpinas, psicóloga involucrada en la investigación. "Las siete preguntas de la



prueba EBBA nos dan un nivel de seguridad del 0,79. Es decir, hay un riesgo de que el 21 por ciento de los diagnósticos no sean acertados. Pero la prueba es muy fácil de aplicar y las preguntas son menos acusadoras. No averiguan cuánto bebe la gente...".

Además, el equipo pudo determinar en la práctica la efectividad de una herramienta de diagnóstico: la tira de papel que se coloca en la boca del paciente para medir su nivel de alcohol. Estas tiras de papel, producidas y suministradas por la Addiction Research Foundation, de Toronto, Canadá, son fáciles de usar y aciertan en un 85 por ciento de los casos. Son, también, un poco más sensibles que el alcohómetro, usado para detectar niveles bajos de alcohol en la sangre, por lo que resultan más prácticas en el marco de la prevención.

Los investigadores esperan intercambiar información sobre alcoholismo en una reunión programada para octubre de 1988, con la participación de 16 países latinoamericanos.

Alfredo Pemjean sabe que quedan muchos caminos por explorar. El alcoholismo es un problema social importante en Chile. Se calcula que en 1981 ocasionó pérdidas económicas de US\$1620 millones, cifra equivalente al ingreso total generado por las exportaciones de cobre en la misma época.

Los estudiantes de medicina no adoptaron el comportamiento deseado. No remitieron a los pacientes con problemas de alcohol. Sus instructores no parecieron interesarse mucho en el asunto. "Tal vez debemos trabajar más con los instructores que con los internos", sugiere Pamela Orpinas.

En cuanto a los internos, su opinión es positiva. Creen que el curso los motivó y mejoró su actitud hacia el alcohol. Sesenta por ciento sostiene que aumentó sus conocimientos sobre el alcohol y sus efectos.